

cio. Pero no por eso desistió; y al pasar el emperador á caballo, presentósele Atanasio y le pidió permiso para justificarse. Rehusó Constantino oírle, y aun mostró cierto reparo de comunicar con un hombre condenado por un Concilio. El Santo, á vista de esto, exclamó diciendo: *Príncipe, que abandonáis al oprimido y sostenéis con vuestro poder á mis opresores, sabed que el Señor juzgará entre nosotros dos* (1). Hizo no poca impresion en el espíritu religioso del emperador esta representacion vigorosa, y llamó á todos los obispos del Concilio de Tiro para saber á punto fijo lo que habia pasado; pero los enemigos de Atanasio le enviaron solo los mas sagaces impostores, inventando pretextos para alejar á los demas. No hablaron á Constantino aquellos malvados ni de Arsenio, ni de Isquiras, pues sabian que estas fábulas eran muy conocidas en la corte y que estaban enteramente desvanecidas; pero mudando de batería, acusaron á Atanasio, segun pretenden diversos autores, de que estorbaba el transporte de los trigos de Egipto á la nueva capital del imperio. Así se heria al fundador en la parte mas sensible; el resentimiento hizo olvidar la razon, y Constantino creyó que trataba con suma clemencia al Patriarca no condenándolo á morir, sino solo á destierro (2). En efecto, relegósele á la otra estremidad del imperio, en la ciudad de Tréveris, capital de las Galias, en donde el ilustré desterrado fué acogido como convenia á un confesor de la fé por San Maximino, obispo de dicha ciudad, y por el jóven Constantino, hijo del emperador, que no pudo menos de deplorar las preocupaciones de su padre.

Alejado ya Atanasio, pareció poco difícil restablecer á Arrio en Alejandria, y

(1) S. Athanas. *Apolog.* 2.

(2) *Synod. Alex. pag. 729; Theodoret. hist. lib. 1, cap. 33.*

mas habiendo este profesado la fé de Nicea ante el emperador, el cual no se separaba de este punto fijo. Así que Arrio se separó de Constantino, comenzó de nuevo á dogmatizar bajo los mismos principios y con las mismas blasfemias que antes. Los sacerdotes de Alejandria, á donde se trasladó desde luego, evitaron su comunion con tanto mas horror y constancia cuanto estaban inconsolables por la pérdida de su Santo pastor, y por considerar que con su espulsion quedaba espuesto el rebaño á la voracidad de los lobos hambrientos, que ni aun se tomaban el trabajo de disfrazarse. Fué universal la desolacion y penetró hasta el interior de los desiertos, donde moraban aquellos verdaderos solitarios que no reconocian por sólida otra piedad que la que tiene por base la doctrina pura de la Iglesia.

El grande Antonio, en quien hicieron mayor impresion que en otro alguno estas novedades, creyó que nunca mejor que en estas criticas circunstancias podia hacer valer el buen concepto con que le distinguia el emperador, pues muchas veces le habia escrito Constantino y sus dos hijos Constantino y Constante, tratándole de padre y pidiéndole por favor que respondiese siquiera con algunas breves palabras á su ternura filial (1). El Santo, al recibir la primera de estas cartas reunió á los solitarios, y sin manifestar la menor emocion, les dijo: «Los soberanos del siglo nos han escrito; pero ¿qué relacion puede haber entre ellos y unos hombres que, siendo extranjeros para el mundo, ignoran hasta el lenguaje que en él se usa? Si admirais la condescendencia de un emperador formado del polvo como nosotros y que debé tambien convertirse en polvo, ¿cuál debe ser vuestra admiracion al considerar que el Monarca Eterno nos escribió con su propia mano la Ley,

(1) Vit. Ant.

y nos habló por su propio Hijo? Sin embargo, como le representasen sus hermanos que un emperador tan cristiano merecia las mayores atenciones, y que quizá se escandalizaria de un desprendimiento cuyo motivo legitimo podia no penetrar, abrió las cartas y contestó á ellas. Empero cuando oyó las turbulencias y riesgos en que estaba la iglesia de Alejandria, no fué necesario instarle á que pidiese por el santo obispo Atanasio, tan necesario á su pueblo y á todo el Oriente. Escribió, pues, con el mas ardiente celo, y Constantino le respondió con la mayor bondad y distincion (1): pero se mantuvo constante en cuanto al destierro del Patriarca, por la preocupacion de que habia sido depuesto en virtud de sentencia dictada por un Concilio, como tambien por la idea que habia formado de Atanasio, fomentada por los sectarios, de que era un espíritu altivo y un súbdito sedicioso.

Así que se esparció esta novedad por Alejandria, notóse en todos los estados y profesiones el dolor y consternacion, y hasta una especie de desesperacion. Todo comenzó á ponerse en movimiento en aquella gran ciudad; y para precaver que se llegase á los últimos extremos, no halló la corte otro medio que llamar á Arrio á Constantinopla. Entonces, mucho mas quizá que en ninguna otra ocasion, las riendas del gobierno quedaron al azar, digámoslo así, en manos de Constantino, sin que en él se notase ya el menor vestigio de aquella sabiduría suprema que en tantas ocasiones se habia dignado servirle de guia, mientras se mantuvo en la esfera propia de su poder. A la sombra de la proteccion imperial hicieron los eusebianos reunir un Concilio de todas las provincias vecinas á la capital, porque se figuraban que una vez recibido el hérésiarca por los obispos ante el empera-

dor, ninguna iglesia tendria dificultad en admitirle.

Gobernaba á la sazón la iglesia de Constantinopla un santo prelado, llamado Alejandro, el cual veia con el mas acerbo dolor cómo los dos Eusebios dominaban despóticamente sobre el clero. Ya se habia condenado y depuesto á Marcelo de Ancira, que á la verdad parecia culpable de sabelianismo; pero no era este su verdadero delito. Si se veia maltratado, era por haber escrito contra el sofista Astero, que habiendo pasado desde el paganismo al partido de los arrianos, publicaba sin reserva casi las mismas blasfemias que si aún fuera pagano. A la edad de mas de noventa años mostró Alejandro todo el vigor de la juventud. Amenazábale la faccion con deponerlo á él mismo, y sustituir en su lugar un obispo que tratase á Arrio con mas consideracion. El ilustré Santiago de Nisibe, que estaba en el Concilio, dijo al celoso anciano: «Hermano mio Alejandro, al Rey de los reyes es á quien debemos recurrir en un abandono tan general.» Estos dos Santos encargaron á los fieles que orasen y ayunasen por siete dias continuos, al cabo de los cuales los eusebianos impacientes dijeron á San Alejandro, que si no recibia á Arrio aquel mismo dia en su iglesia, ellos harian que se le recibiese por fuerza al siguiente. Retiróse á la iglesia llamada de la Paz el santo viejo, sin responder una palabra; y encerrándose solo en ella, se arrodilló á los pies del altar, y pegado el rostro al suelo é inundado en lágrimas exclamó interrumpiendo los sollozos su voz: «Dios Omnipotente, si es preciso que el impío Arrio sea recibido en la Iglesia, no permitais que el desgraciado Alejandro presencie un espectáculo tan doloroso, y sacadme antes de este valle de lágrimas (1).»

(1) S. Gregor. Nazianz. *Orat. 10; S. Ambros. lib. 1 de fide.*

(1) Sozom. lib. 11, cap. 31.

No había concluido aún estas palabras, cuando se le fué á intimar por la última vez, de parte del emperador, que admitiese al heresiarca á la comunión. Aquel príncipe, entregado enteramente á los impostores que no se apartaban de su lado, se persuadió, fiado en la palabra de estos, que Arriyo no tenía otra fé que la de Nicea; tanto mas que el falsario, al presentar su última confesión, en la cual nada se leía que no fuese ortodoxo á la letra, protestaba con juramento que creía todo lo que había escrito. Pero se dice llevaba consigo otro papel, al que, por un miserable y sacrilego equívoco, refería mentalmente su afirmación (1). Constantino le dijo: «*si te atreves á proferir un perjurio tan enorme, Dios sea el vengador de él.*» Era domingo el día señalado para la ceremonia de la recepción de aquel impío con el objeto de que fuese mas ostentosa. El sábado por la tarde, cuando aún continuaba San Alejandro en su oración, el orgullo impaciente de los hereges les hizo llevar á Arriyo por toda la ciudad como en triunfo; y él mismo lleno de soberbia prorrumpe en mil discursos insolentes. Era inmenso el concurso, y se iba aumentando por momentos en todas las calles. Pero al acercarse á la plaza llamada Constantiniana, en el fondo de la cual se descubría el templo en donde había de ser restablecido el heresiarca, notaron todos que se quedaba pálido, acometióle un terror repentino y los mas crueles remordimientos. Se sintió al propio tiempo acosado de una necesidad corporal (2), y entró en uno de los parages públicos construidos para este fin en la nueva Roma con tanta magnificencia como los demas edificios, y allí atormentado de los mas violentos dolores, espiró arrojando sangre en gran abundancia

(1) Libel. Marcel. et Faust.

(2) Socrat. hist. lib. 1, cap. 58.

con una parte de las entrañas: digno fin de un impío que durante su vida había sido harto parecido al traidor Judas, para no asemejarse en las circunstancias de su muerte. Tan espantoso desenlace, que fué tenido por milagroso, causó tanto abatimiento á los arrianos como esperanza á los fieles ortodoxos. Hízose objeto del público horror y de la general execración el lugar donde pasó esta trágica escena; y mas adelante lo compró un arriano, con el fin de borrar, ó á lo menos atenuar, la memoria de aquel oprobio, destinándolo á otro uso muy distinto.

El emperador hizo profundas reflexiones sobre este suceso, reconoció en él la mano del Señor, y concibió mas aversión á aquella secta perjura, y mas amor que nunca á la fé de Nicea. Conoció al fin la falta que había cometido, desterrando al principal defensor de este sagrado Concilio; y ya iba á mandar levantarle este destierro, cuando la muerte impidió la ejecución de su intento: mas antes de espirar dió la orden para que se hiciese. Acababa de arreglar la división ó repartición de sus Estados entre sus hijos, para evitar las discordias y turbulencias: al primero, que llevaba su nombre, señaló las Galias, la España y la Bretaña: el Egipto y el Asia á Constanzo, y á Constante, el mas jóven de los tres, las provincias del centro del imperio, á saber: la Italia, la Iliria y el Africa. Como el primero estaba ya casado, quiso el emperador dar esposa á Constanzo; y su elección, como dirigida tan solo por el afecto, recayó en Eusebia, muger dotada efectivamente de todas las gracias y de todos los talentos convenientes á su gran destino, y aun por desgracia, de cualidades y conocimientos superiores á su sexo: princesa en fin que hubiera sido completa, si le faltara aquella suficiencia y curiosidad presuntuosa que muchas veces empeñan á las mugeres en novedades y errores en mate-

ria de religion y que á ella la precipitaron miserablemente en la heregia de Arrio.

Celebróse el casamiento con la mayor pompa; pero el gran Constantino, digno en esta ocasión de sí mismo y de sus mas floridos años, quiso sobre todo manifestarse grande en sus liberalidades; y en vez de cargar de impuestos á los pueblos como habían hecho los demas príncipes para sufragar á los cuantiosos gastos que con este motivo se originaban, hizo por el contrario presentes de mucha consideración á las ciudades principales del imperio. Las naciones mas remotas le enviaron sus embajadores á felicitarle y renovar su respetuosa amistad; acudiendo con este intento desde lo mas interior de las Indias y de las estremidades del Norte y del Occidente. Respecto á los persas reclamaron con demasiada arrogancia las provincias del Tigris que habían perdido. Equivalia á una declaración de guerra esta pretension; y así Constantino se preparó á marchar contra ellos, y quiso que le acompañasen sacerdotes y obispos, para alimentar su piedad con los ejercicios del culto divino aun en medio de la fagina de la guerra y del bullicio; á cuyo fin mandó hacer como una iglesia portátil, que se había de armar en cualquier parte en que él acampase (1).

Habiendo llegado la festividad de la Pascua, pasó la víspera en oración, acompañado de los fieles segun su costumbre, y repartió grandes limosnas, pareciendo queria sobrepajar todas las obras buenas que hasta entonces había hecho.

Esta era la Pascua del año 337, el sesenta y cuatro de la edad del emperador: disfrutaba este de una salud perfecta al parecer, pero le acometió una enfermedad desconocida, en la que desconfiando desde

(1) Euseb. vit. Constant. M. lib. 3, cap. 57.

luego los mejores médicos, no le prometieron alivio sino con los baños calientes. Despues de haber probado los de Constantinopla, mandó le llevasen á las aguas de Helenópolis, hácia Nicomedia; pero la violencia del mal, que fué en aumento, le impidió el tomarlas. Fijó entonces todas sus miras en el Señor, y tuvo la devoción de visitar la célebre iglesia del mártir San Luciano, donde pasó largo tiempo en oración. Conociendo allí que se iba acercando su fin, resolvió recibir el bautismo y le pidió con una humildad ejemplar, arrodillándose y confesando sus pecados. Primero recibió la imposición de las manos, para ponerse en el grado que llamaban de *competente*, á saber, dispuesto próximamente para el bautismo, y no precisamente catecúmeno: porque es muy verosímil que no aguardase á serlo tan tarde, tanto mas que sus historiadores refieren en varios pasages la manera con que asistia á los divinos Misterios, lo que no podia hacerse sin ser catecúmeno.

Dícese que despues mandó le condujesen al palacio de Aquiron, mas inmediato á Nicomedia. Recobró allí algun tanto sus fuerzas, y dijo á los obispos que le acompañaban, que siempre había sido su intencion recibir el bautismo en el rio Jordan, en memoria del de nuestro Salvador; pero que pues parecia no condescender el cielo con sus deseos, pedia que le bautizasen sin mas dilación. No están acordes los críticos acerca del ministro que le bautizó; mas los que pretenden que fué Eusebio, obispo de aquel distrito, observan que este prelado profesaba públicamente la fé de Nicea, que ejerció religiosamente todas las ceremonias ordinarias, y que le vistió la túnica blanca. Su cama se adornó tambien de blanco, y ya no permitió que le volvieran á poner la púrpura. Viendo que las gentes que le asistian se deshacían en lágrimas, les dijo con la mayor sereni-

dad y aun con alegría que miraba con otros ojos que ellos la verdadera felicidad, y que estaba muy lejos de afligirse cuando se acercaba el momento en que iba á posesionarse de ella.

Para mantener la paz en sus Estados y en su familia dió las convenientes órdenes, é indujo á las tropas á jurar solemnemente que nada emprenderian contra la Iglesia ni contra sus hijos; y luego murió el 22 de mayo, día de Pentecostés, á principios del año sesenta y cuatro de su edad, y á fines del treinta y uno de su reinado, que fué el mas dilatado de todos los de los emperadores después de Augusto. Habia mandado llamar con gran priesa á su hijo Constanzo, como el menos distante de todos, aunque no le acompañó al Asia; después de lo cual sintiéndose desfallecer por momentos, entregó su testamento al sacerdote arriano que su hermana le habia dejado recomendado como hombre de confianza, lo cual contribuyó mucho para acreditar á aquel hipócrita, con tanto daño de la Religion, como se verá mas adelante.

Ningun príncipe fué tan llorado del pueblo y de las tropas como Constantino. El día de su muerte era general el llanto en el palacio y en la ciudad. Sus guardias y domésticos rasgaron sus vestidos con tantas señales de dolor, que aunque esta era una demostracion de pura ceremonia en la antigüedad, en el presente lance fué una muy débil espresion del sentimiento. Fué trasladado su cuerpo á Constantinopla; y los moradores de esta gran ciudad, á quienes habia tratado siempre como á hijos mas bien que como á súbditos, parecian una familia numerosa que acababa de perder al mejor de los padres. Su cadáver, adornado con la púrpura y la diadema, fué espuesto al público en un ataúd de oro, sobre un magnífico estrado rodeado de candeleros del mismo metal.

No se separaban de él las gentes de su servidumbre, y otras muchas personas ilustres velaban día y noche con ellas, esperando á los príncipes hijos del difunto. Mas solo Constanzo pudo llegar á tiempo para la ceremonia del entierro. Acompañó el cuerpo hasta la iglesia de los Santos Apóstoles, señalada por el mismo Constantino para sepultura de los Césares, y después se retiró con sus soldados, porque no estaba todavía en la clase de los catecúmenos. El clero y el pueblo fiel hicieron las preces acostumbradas, y se ofreció el santo Sacrificio por el alma del príncipe difunto. Concluido lo cual, se le sepultó en el lugar santo, pero en el vestibulo y cerca de la puerta, para servir de modelo á los soberanos del universo que miraron como una obligacion el imitar esta obra de humildad, y ser, segun la espresion de San Juan Crisóstomo, los porteros del Pescador, es decir, del Príncipe de los Apóstoles. La ciudad de Roma, de la cual habia tenido motivos para quejarse durante su vida, no dejó de dar muestras del mayor dolor así que supó su muerte.

Efectivamente, se señaló entre todas las ciudades del imperio por el exceso de su sentimiento, reprendiéndose á sí misma el haber causado á este buen príncipe los amargos disgustos que le obligaron á abandonarla. Cerráronse los baños y los mercados, y se prohibieron los espectáculos y todas las diversiones públicas. La idolatría, estravagante siempre, como hemos observado, respecto de los emperadores, le colocó en el número de aquellas mismas divinidades que él habia mandado destruir, y por una mezcla ridícula, muchas de sus medallas llevaban el título de Dios con el monograma de Cristo. Se conservan otras en los gabinetes de los anticuarios, y segun dice Eusebio, se representa en ellas á Constantino sentado en un carro tirado por cuatro ca-

ballos en el acto de ser conducido al cielo por una mano que sale de las nubes.

Aunque el bien, la prosperidad y aumento de la Iglesia le merecieron el primer cuidado, no dejó de mirar con singular atencion los negocios civiles, como parte tan interesante de la tarea que el Señor le habia confiado. El decreto siguiente, de cuya noticia no queremos privar á los lectores para que acaben de formar idea del carácter de Constantino, es una prueba evidente de esta solicitud. Dice así: «Nuestros oficiales cesen del todo de oprimir á nuestros súbditos, y si este aviso no les basta, les bastará la espada. Que no se profane mas con un infame comercio el santuario de la justicia; que no se compren ya las audiencias, las visitas, la vista misma del presidente. Que los oídos del juez estén abiertos lo mismo para los pobres que para los ricos. Que el escribano no haga en adelante un tráfico de sus funciones, y que sus subalternos cesen de pedir contribuciones de los litigantes: que se reprima la audacia de los ministros inferiores, que sonsacan sin distincion á los grandes y á los pequeños: que se refrene la insaciable codicia de los oficiales que dan copia de las sentencias, siendo obligacion del superior velar para que sus subalternos no exijan nada de los litigantes. Les haré cortar la cabeza si persisten en crear por sí mismos derechos imaginarios; y permitimos á todos los que hayan experimentado estas vejaciones que lo pongan en noticia del magistrado; y si no pusiese remedio, os incitamos á dar las quejas á los condes de las provincias ó al prefecto del Pretorio si está mas cercano, para que con la rela-

cion que nos dieren de estas estafas imponamos á los culpados el castigo que merezcan.» Por otro edicto, ó quizás por una continuacion de este mismo, este príncipe, con el objeto de intimidar á los jueces corrompidos y de evitar la pena de castigarlos, da licencia á los habitantes de las provincias para que honren con sus aclamaciones á los magistrados íntegros y vigilantes cuando se presenten en público, y que se quejen en voz alta de los que fueren malvados y crueles: promete hacer se le dé cuenta de estas demostraciones públicas por los gobernadores y prefectos del Pretorio y examinar sus causas. El espíritu con que están concebidos los anteriores decretos, hace honor á este buen príncipe; mas este tono colérico es al mismo tiempo una muestra de la violencia que se haría á sí mismo para amenazar y de la repugnancia que experimentaba al poner en ejecucion sus amenazas (a).

La memoria de Constantino, aunque algo mancillada respecto de ciertas cosas, es sumamente grata á la Iglesia por la rectitud de sus intenciones y por una infinidad de bienes sólidos con que procuró enriquecerla. Los griegos le han puesto solemnemente en el número de los Santos, y celebran su fiesta el día 21 de marzo, con la de su madre Santa Elena; creyendo sabia y piadosamente que el bautismo borró algunas faltas de mera sorpresa, muy difíciles de evitar en las circunstancias en que se encontró aquel gran príncipe.

(a) Este párrafo y el anterior los suprime Henrion (N. del E.)